

darle a entender que no presumiese de sabio, pues aun de aquella cosa tan pequeña entre las obras de Dios, aun no sabría dar buena razón. «¿Pues cómo la daré yo—dice San Agustín—pobre de ingenio, hablando de la sacratísima Virgen María, que si todos los miembros de todos los hombres se convirtiesen en lenguas, aun no serían suficientes ni bastantes para la alabar?» Y si San Agustín, y otros altos gigantes en las cosas de Dios, se hallan tan pequeños enanos en las alabanzas de esta tan alta Señora para siempre bendita, ¿qué debo yo de sentir en hablar de ella, pues soy enano en comparación de todos los Santos y sabios? Menester es, Señora, suplicaros para el fin de este discurso, como para el principio, nos alcancéis el favor del Espíritu Santo, que os hizo tan santa y tan alta, para que el que puso en vuestro corazón tan gran fuego de amor, que saltan de él centellas de vivos y grandes *deseos* muy mejor que del Profeta Daniel (10, 11); que este mismo Espíritu Santo nos enseñe, ya que no todos vuestros *deseos*, mas alguna parte de ellos, para que a gloria de Dios que os los dió, cumplamos con el oficio del hablar en vuestra santísima fiesta. Señora, ¿quién [soy] yo para *entender en los tesoros de la nieve*, que son las inestimables e innumerables riquezas de la santidad y pureza, más blanca que nieve, de vuestro corazón? Mas dame mucha confianza que el Señor bueno envió comida a Elías, su Profeta leal, por medio de un cuervo negro (3 Reg., 17, 6). Mirad, Señora, a esta gente congregada y devota en el día de vuestra alegría y ensalzamiento, y dadles el conocimiento de los *deseos* de vuestro Corazón, sin mirar la indignidad de mi lengua que los ha de hablar.

Decidnos, Señora para siempre bendita, ¿no están satisfechos los *deseos* de vuestro Corazón con que desde que fuisteis concebida hasta que de esta vida salisteis, en ninguna cosa, chica ni grande, enojasteis a Dios? En todo le agradasteis con mayor agrado que hubo ni habrá. Señora, ¿y los servicios que a Dios humanado hicisteis, dándole carne humana formada de vuestra purísima sangre, trayéndole nueve meses en vuestras entrañas, pariéndole, y sirviéndole cuando chico y cuando grande, esto, Señora. ¿no satisface a los *deseos* de vuestro Corazón? Y si todo faltase, ¿no bastaba aquella obra, mayor que todas las que hicisteis, más digna de loor que ningun-

na lengua puede contar, cuando *estando al pie de la Cruz de vuestro Hijo bendito (Jn., 19)*, amasteis tanto al mundo, que por remedio de él, ofrecisteis en vuestro Corazón la muerte de vuestro benditísimo Hijo, obedeciendo como *esclava* a la voluntad del Señor cuando os lo quiso quitar, como cuando en la Encarnación fué servido de dároslo?

Y si con todo esto se juntan los servicios hechos a Dios por todos los hombres desde el principio del mundo, y que serán hasta el fin de él, ¿qué amor hay que con esto no se contente? Y si se junta con esto los servicios y alabanzas de los ángeles, y de todos los que se han de salvar, que han de dar a Dios en el cielo, no parece que hay cosa más que *desear* para quien a Dios ama. Y si esto, Señora, no basta, mucha razón tenemos de avergonzarnos, de que nuestro amor es tan flaco y tan corto, que con un no sé qué, que hacemos o que sufrimos, nos contentamos, sin tener vivos *deseos* de hacer más y más por nuestro Señor, y que todos le sirvan y alaben.

¡Oh! dice la Virgen, que todos los servicios que todas las criaturas celestiales y terrenales hacen y pueden hacer al altísimo Dios, son una pequeña arenita, en comparación de la grandeza del cielo; todos los servicios que se pueden hacer, son una gran poquedad para lo que merece el que es Bien sin medida. No hay proporción de finito a infinito; y por eso los deseos de mi Corazón no se contentan con todo lo que las criaturas le pueden dar. Y a quien le parece que esto no es así, será porque tiene peso falso; y por tener poco amor en la balanza, le parece que pesa mucho lo que hace por Dios puesto en otra. Si *reinar tengo sobre todo lo que desea mi ánima*, mayores bienes tengo de ver que tiene Dios, que todo lo que el cielo y tierra le puede dar.

¡Albricias, albricias, Corazón virginal, en el cual cupo Dios, y por eso no le hinche la poquedad de las criaturas! ¡Albricias, que os manda decir el Señor: *Yo te tomaré, Madre mía, y reinarás sobre todas las cosas que desea tu ánima*. Y quien dijo *todas* ninguna sacó. Y si vuestro deseo, como la Escritura dice (*Ex., 33. 19*), *es todo el Bien*, ya es venido el día en que veáis *todo el Bien*, y se os descubra *la faz del Señor que buscáis*, la cual en esta vida *tienen cubierta con sus alas los dos serafines (Is., 6, 2)*, aun cuando habla el Señor con los Profetas amigos suyos.

Él se os enseñará, y os dará el *deseo* de vuestro amorosísimo Corazón.

¿Quién contará esto? ¿Quién dirá que es ver a Dios claramente, retablo de hermosura infinita, piélagos inmenso de infinitísimas perfecciones? El cual, siendo claramente visto, roba los corazones de los que lo ven, y los enciende en tan grande fuego de amor, cual no se puede decir, y en cuya comparación el mayor de la tierra parece tibieza. Porque, como dice Isaías (31, 9): *El fuego de Dios está en Sión, y el horno en Jerusalén*; dando a entender que lo que excede el fuego de un gran horno a otro fuego pequeño, excede el amor de Dios que resulta de verle en el cielo, significado por *Jerusalén*, al que acá se le puede tener en la tierra, por grande que sea, significado por *Sión*.

Esta faz hermosísima es la que enciende en amor a los serafines, y a todos los que la ven engendra en ellos unos *deseos* tan vivos, una sed tan entrañable de que tenga bien, gloria, poderío, sabiduría, y por decirlo en una palabra, *desean* con indecible deseo que tenga Dios infinitos bienes; y como todo lo criado sea finito, hacen tan poco caso de ello, que no les apaga su sed, causada de la vista de su hermosísima faz. Y si el altísimo Dios no les cumpliese este deseo, ellos quedarían con grande angustia.

Mas en el cielo *enjuga las lágrimas de los ojos de los suyos, y destierra el dolor y el llanto* (Apoc., 21, 4), y todo lo que pueda dar pena; no hay lugar de tormento ninguno, ni falta de cumplimiento de la santa sed de los que allá van; porque Dios se la quita con darles a beber de aquel  *río resplandeciente como cristal*, que San Juan vió en su Apocalipsis (22, 1), *que procede de la silla de Dios y del Cordero*, y va por *aquellas plazas de oro fino de Jerusalén, cuyo ímpetu alegra toda aquella ciudad de Dios* (Ps., 45, 5), porque como dice David (Ps., 35), *les da Dios a beber con el río de su deleite*. ¿Cómo estarán sedientos los que, por vaso, tienen un río, y lo que beben es *deleite de Dios*? ¡Oh inmensa bondad tuya, Señor, que Tú los hieres con las saetas de tu amor que salen de tu hermosísima cara, con que, olvidados de sí mismos, te desean infinitos bienes, y Tú mismo los sanas de aquella herida, y les quitas la hambre y sed que Tú les causaste! Y si tu faz despertó en ellos tales deseos, la misma faz tuya les da el cumplimiento

de ellos, y los acallas sin que tengan más que desear, como la madre al niño que toma a sus pechos.

Viendo a Dios, según habemos dicho, le desean infinito bien, y esta es la hambre y la sed; y viendo al mismo Dios, ven que tiene tantos bienes de sabiduría, fortaleza, bondad, hermosura, gozo y bienaventurada vida, que ni tuvo principio, ni tendrá fin; ni puede crecer más, por ser infinito, ni decrecer un solo cabello por ser omnipotente; y como se hallan en él todo lo que deseaban, y mucho más, quedan contentos y recontentos; y cuanto fué la grandeza del deseo, tanto es el gozo causado por el cumplimiento de él.

### 8.—*Hoy lo goza en el cielo.*

Quien lleva el vaso más capaz del amor, más se goza del bien de Dios. Y si quien más pequeño lo lleva es tanto el gozo, que no cabe de placer en sí mismo, porque ama a Dios, sin comparación más que a sí mismo, ¿qué os parece qué tal será el gozo de esta Virgen y Madre que hoy sube al cielo, y ve claramente la faz del Señor que ella buscaba, pues el vaso de su amor y del deseo causado de la vista de Dios es más capaz que el de todos los hombres puros y de todos los espíritus bienaventurados?

*Alegraos con Jerusalén (Is., 66. 10)*, que es la sagrada María, *y gozaos todos los que la amáis*, porque hoy la ha vestido el Señor con excelentísima gloria,  *viniendo sobre ella como arroyo de paz, y poderosísimo río*, con grandes ondas de dulcísima miel. A Dios buscó, a Dios ha hallado; y sin temor de perderle, mientras Dios fuere Dios, para siempre  *engrandecerá su ánima al Señor, y se regocijará su espíritu en Dios, salud suya (Lc., 1)*. Deseó el bien de Dios, y renunció su provecho, y halló a Dios; y asimismo esle dado Dios para que se goce de los bienes de Él, y le ha dado bienes para que se goce, para gloria y contentamiento de Dios; y de todas partes está cercada de la dulcedumbre de Dios, engolfada en el abismo de la bienaventuranza de Él, transformada en Él más que ninguna criatura y por eso hecha Reina y Señora de todo lo criado. Con mucha razón canta la Iglesia: «Subida es María al cielo, gózanse los ángeles y bendicen al Señor»; y con grande razón nos dice otra

vez: «María Virgen es subida al cielo: gozaos, porque para siempre reina con Cristo».

Virgen para siempre bendita, muy alegres estamos vuestros muy indignos siervos de que tan grande hayáis sido en servir al Señor, y Él tan copioso en misericordia para os galardonar, y de que vuestros deseos sean cumplidos de ver a Dios faz a faz. Descansad, Señora, y, como dice Isaías (54, 2), *ensanchad el lugar de vuestro aposento*, que es vuestro Corazón, porque mucho es lo que Dios os ha dado, *y no os lo quitará para siempre* (Lc., 10, 42). ¿Quédaos, Señora, más que desear?

### 9.—*Deseaba y obtuvo la gloria de su cuerpo.*

¿Quédaos algo más sobre que reine vuestra ánima? Y aunque parezca ignorancia esta pregunta, no lo es. Porque juntó Dios el cuerpo y el ánima de cualquier humana persona con un tan íntimo lazo de amor, [que] (3) aunque el ánima esté fuera del cuerpo, y esté en el cielo gozando de Dios, tiene un natural deseo de verse junta con el cuerpo para darle vida como antes hacía; mayormente sabiendo que su cuerpo no ha de tener en el cielo las pesadumbres e imperfecciones de acá, ni le ha de ser impedimento, sino instrumento hermoso, sutil, incorruptible y ligero, y tal cual conviene para ánima que goza de Dios. Y si las ánimas bienaventuradas desean tener sus propios cuerpos consigo para que sean participantes en la gloria, pues lo fueron en las buenas obras, ¿con cuánta más fuerza desearía el ánima de la Virgen sagrada tener en el cielo consigo su santísimo cuerpo, pues que tan lealmente le ayudó a servir a Dios estando en aquesta vida, sin tener movimiento ni inclinación mala, como los cuerpos de los otros Santos?

Es, por cierto, cosa muy justa que pues, en cuerpo y en ánima, fué la Virgen bendita silla de Dios, y por muy particular manera, que ya que se partió esta silla en dos partes el día de su sagrada muerte, que luego al tercero día torne Dios a juntar su silla y santísima Arca, para que vean todos los que en el cielo estuvieren aquella santísima carne, de la cual el Verbo

(3) [Que]; la edición de 1596, y.

divino tomó carne humana, y que esté tan resplandeciente, que baste a alumbrar todo el cielo, y henchir de nueva gloria a todos los que allá están. Y así es de creer que lo pidieron los ángeles, y que Dios lo concedió, y que toda la Virgen entera *está reinando en el cielo sobre todas las cosas que desea su ánima*: y una de ellas era, según habemos dicho, tener consigo su benditísimo cuerpo, descansando para siempre bienaventurada.

#### 10.—*Desea y pide nuestra salvación.*

¡Bendita entre las mujeres, y sobre ángeles y hombres! Dadnos licencia para os preguntar si son cumplidos todos vuestros deseos, pues que parece que sobre vuestra gloria ni hay más que tener, ni qué desear; y que podréis decir con grande verdad (*Ps.* 22): *El Señor me apacienta; ninguna cosa me faltará; colocado me ha en lugar de su pasto, y muy abundoso.*

«Gran verdad es—dice la Virgen—que en lo que a mí toca, no tengo más que desear; porque *he entrado en el gozo del Señor* (*Mt.*, 25, 21), más dentro y con mayor abundancia que ninguna pura criatura entró, ni que nadie puede decir. Mas tengo hijos en el mundo, la salvación de los cuales deseo con muy amoroso y natural corazón. Y aunque no puedo tomar pasión o penas de sus trabajos y males, porque con el gozo del cielo no se compadece pena ninguna, mas no he perdido la compasión de ellos, ni el deseo de su salvación que tenía en el mundo, antes se me ha acrecentado, porque el Señor me ha acrecentado la caridad. Este cuidado tendré hasta que el mundo se acabe; este oficio haré, ser fiel abogada de los negocios de ellos delante del trono de Dios; y cuando lo viere enojado con ellos, pondréme delante, y si fuere menester hincaré mis rodillas, y echaréme a sus pies, y traeréle a la memoria los servicios que Él me dió gracia que yo le hiciese, y Él recibió de muy buena gana, y haré todo aquello que una amorosísima madre hace con sus hijos, sin cansarme ni enfadarme de abogar por justos y pecadores.»

## 11.—Padre y Madre tenemos en el cielo.

¿Oís esto, cristiano? ¡Dichosos nosotros, por cierto, que tenemos a Dios por Padre, y a su sagrada Madre por Madre! Y si queremos mirar en ello, nos es dada hoy una gran confianza para nos salvar, pues ha subido de la tierra al cielo una Señora, que tanto puede con Dios como Madre con Hijo, y que es muy más piadosa para con nosotros que ninguna madre lo ha sido ni será con los propios hijos que engendró y parió.

¿Quién contará las grandes misericordias que están en aquellas palabras dulcísimas que por tu meliflua boca dijiste (Mt., 23, 9): *No queráis llamar padre sobre la tierra, porque uno es el Padre vuestro que está en los cielos?* No porque Tú, Señor, vedas que llamemos y honremos por padres a los que según el cuerpo nos engendraron, antes lo has mandado en tu cuarto mandamiento, y es cosa muy agradable en tus ojos, como dice San Pablo (Colos., 3, 20). Mas quieres descubrirnos el secreto del corazón de tu Padre, que nosotros no sabíamos, y tanto nos importaba saber; y es que el paternal amor que nos tiene excede tanto al que nos tienen nuestros padres que nos engendraron, que así como en comparación de Dios, ninguno merece ser llamado santo, ni bueno, ni alto, porque Él es sólo el Santo, Señor, altísimo (4) y bueno, que obscurece con su Bondad la bondad de las criaturas, porque les lleva ventaja infinita, así los que nos engendraron, por mucho amor que nos tengan, no hinchen este nombre de padre, ni merecen tenerlo, sino Dios, cuyo amor y cuidado para con nosotros justísimamente merece este nombre, y lo hinche y cumple de todo su significado, haciendo altísimamente el oficio de padre. Bendecímoste, Señor, por misericordia tan llena de gracia, raíz y causa de muchos y diversos bienes que de esta misericordia proceden, que como verdadero Padre nos haces en este mundo y en el venidero.

Y también te bendecimos porque nos diste a tu santísima Madre por Madre; que como es la cosa más conjunta contigo en el parentesco de la carne, así lo es en el fuego de la caridad. Y como un hierro echado en el fuego está todo lleno de él, que parece que

---

(4) *Himno Gloria in excelsis Deo.*

es el mismo fuego, así esta Virgen bendita, echada en el horno del divino amor, sale toda tan llena de él, y tan semejable a él, que es tan verdadera Madre del pueblo cristiano, que en comparación de Ella las madres no merecen nombre de madres.

¿Quién habrá que nos despierte del sueño del pecado, si en él está, y que no se anime a proseguir las buenas obras que ha comenzado, con tener favor de tan potentísimo Padre, y regalos de Madre tan piadosa? Comencemos nuevo partido para alcanzar la gloria del cielo. Parémonos a considerar cuán grande parte será de nuestra bienaventuranza verla en el cielo, y agradecerle todos los favores y misericordias que nos hizo para ir allá. Entendamos muy de verdad que, con el grande amor que nos tiene, desea que vayamos donde Ella está, y que para esto está muy aparejada para socorrer a cualquiera persona en cualquier tiempo y negocio en que la llamare. Riquísima es, para todos tiene; los pecadores alcanzan por ella perdón, los justos más gracia, los ángeles gloria, y el Hijo de Dios tiene de ella carne humana, y la Beatísima Trinidad gran gloria, por ser hechura suya. Y es tanta su liberalidad para dar, cuanta su riqueza para poder dar.

## 12.—Exhortación final

¿Qué resta, sino que hagamos lo que está escrito (*Prov.*, 1): *No dejes, hijo, la ley de tu Madre?* Y Ella misma nos dice (*Prov.* 8): *Bienaventurados los que guardan mis caminos.* Y si la amamos, imitémosla; si por madre la tenemos, obedezcámosla. Y lo que nos manda es (*Jn.*, 2, 5) que *hagamos todo aquello que su Hijo bendito nos manda.* Porque el camino por do ella ganó lo que tiene, la obediencia de Dios fué, y si ésta no tuviera, ninguna cosa le aprovechara ser Madre de Dios según la carne; y (*Mt.*, 12, 50) *toda persona que guardare la santa voluntad de Dios, será madre de Dios* según el espíritu. Y de que haya muchas madres de éstas no tiene envidia la Virgen y Madre, antes lo desea y lo procura; y Ella, como principal de todas, nos es dada por ejemplo, para que imitando su humildad, mansedumbre, limpieza y caridad, y todos los otros caminos que ella anduvo en obediencia de Dios, y siendo ayudados de ella, no sólo con sus ejemplos, mas con sus ferventísimas oraciones delante

## TRAT. 10.—ASUNCIÓN (I)

del trono de la misericordia de Dios, se nos comunique tal gracia, que en el día de nuestra muerte nos sea dicho de parte de Dios: *Yo te tomaré, y reinarás sobre todas las cosas que desea tu ánima*, gozando en compañía de esta santísima Virgen en la sempiterna gloria del cielo. Amén.

## TRATADO 11

### ASUNCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA (II).

(*La Virgen, mártir de amor.*)

*Quae est ista, quae ascendit  
de deserto, deliciis affluens, in-  
nixa super dilectum suum?*

¿Quién es ésta que sube del  
desierto, llena de regalos, re-  
costada sobre su Amado?

(*Cant., 8.*)

1.—*Para la Virgen, hoy se acabó el padecer.*

No hay término que no llegue, en las cosas que son medidas por tiempo. No se alegre el malo en los placeres y prosperidades que tiene, porque presto vendrá un día por su casa, en que le quiten de la boca la embriaguez de sus vicios, y se dé contra él aquella dura y justa sentencia (*Apoc., 18, 7*): *Cuanto se glorificó en sus deleites, tanto le dad de tormento y lloro. Pasáronse los siete años de la fertilidad que hubo en Egipto, y sucedieron otros siete de mayor esterilidad que la pasada fertilidad (Gen., 41, 53). Y por unos deleites y pecados breves que en siete días se gozan—que significan toda esta vida—, les sucede no siete años solos de grandes tormentos, mas siete mil cuentos de años, y mientras Dios fuere Dios. Era temporal esta vida; vino su término, y vino tras ella la muerte, que no tendrá fin. No se alegren los que en este mundo tienen prosperidad; no lleguen su corazón a las riquezas, aunque les vengan (Ps., 61, 11); no se alegren cuando compran, no lloren cuando pierden hacienda; usen de este mundo como si no usasen; porque se pasa, y muy presto, la figura de este mundo,*

como dice San Pablo (1 Cor., 7). Y los varones de las riquezas durmieron el sueño de la muerte, la cual quieran o no quieran ha de venir, y ninguna cosa de ellas hallaron en sus manos, como dice David (Ps., 75, 6). No tiene por qué gloriarse el malo ni el vano, porque él dijo, de lo que aquí le daba placer, es más amargo sin comparación que el deleite que recibieron.

Si gozaros queréis, yo os diré lo que para ello habéis de hacer. A vosotros digo, que os tenéis por extranjeros en este mundo (1 Petr., 2, 11), y habéis puesto vuestro cuidado en tener tal vida, que tengáis con razón esperanza de gozar de la otra. Alégrese los que guardan los mandamientos de Dios, porque los servicios su término tienen, el galardón para siempre será. Consolaos los que lloráis vuestros pecados, y los que lleváis a costas la penosa cruz de la penitencia y mortificación de vuestras pasiones, y sois obedientes a Dios en los trabajos que Él os envía, y no le dais por ellos quejas como los mundanos, mas gracias como buenos cristianos, porque todas estas cosas temporales son, y su fin tienen, y obrarán después en vosotros eterno peso de gloria (2 Cor., 4, 17).

Alegraos, alegraos los que de veras amáis al Señor, por cuyo amor tenéis la morada de esta vida por penoso destierro, y por ser leales al amor del Señor, en ninguna cosa os queréis aquí consolar, mas como casta tórtola tenéis el gemido por canto, y os habéis sentado sobre los rios de Babilonia (Ps., 136, 1), despreciando todo lo que en el mundo florece, porque se pasa como agua de río, y vuestro oficio es llorar, acordándoos de aquella celestial Sión, en la cual Dios es visto con grandísimo y eterno gozo, no por velo, sino faz a faz claramente. No desmayéis en vuestros trabajos, porque jurado ha el Señor de quitar la copa del amargor de vuestra boca (Is., 51, 22), y daros eternas consolaciones. Y día vendrá—y cierto vendrá, y presto vendrá—en que Dios os dé el deseo de vuestro corazón, y abrirá vuestra cárcel, y romperá las cadenas de vuestra mortalidad, y pondrá en vuestra boca un cantar nuevo (Ps., 39, 4), y sacrificaréis a Dios en el cielo sacrificio de alabanza perpetua (Ps., 115, 17).

Sabed bien considerar el presente día y solemnísima fiesta, en el cual se llegó el término tan deseado y tan pedido por la sacratísima Virgen María, Madre de Dios y Señora nuestra, y gozándoos de tan grande bien como a ella le vino, pues hoy entró en la ciudad

celestial con tanta fiesta y regocijo, que pone en admiración a los ángeles, y espantados de que en este miserable desierto hubiese tan preciosa reliquia, y que con tanta honra y pompa fuese subida a la alteza del cielo, y constituida por Señora de los que están allá y de los de acá. preguntan diciendo *¡Cant., 8*): *¿Quién es ésta que sube del desierto, abundante en regalos, arrimada sobre su Amado?*

Gócense, pues, los buenos hijos de la libertad de su bendita Madre, y esperen ellos que, a semejanza de **Ella**, les vendrá el día de su libertad, en que libres de la corrupción de esta vida, gocen con **Ella** en el cielo del don de incorrupción perpetua, de cumplida gloria, y de la alegre vista de Dios; y entiendan que esta Virgen bendita no sólo nos es dada para ejemplo de nuestra vida, a la cual sigamos e imitemos en sus virtudes, mas también tenemos en **Ella** ejemplo y motivo para esperar que, si fuéremos acá por el camino que **Ella** fué, aunque no tan aprisa ni con tanta santidad, iremos donde **Ella** fué, aunque menores en gloria.

Estemos, pues, muy atentos, y no perdamos de vista a esta Señora tan acertada en sus caminos, y tan verdadera estrella y guía de los que en este peligroso mar navegamos. Y pues que en otras fiestas, desde que fué concebida en el vientre de su madre, hay mucho que mirar y que aprender y con que consolarnos. tenemos obligación el día de hoy a decir algo de ésta, que no tiene menos provechos que cualquiera de las otras. Y comencemos por aquí.

## 2.—*Martirio de la Virgen desterrada.*

Señor, amando a vuestra benditísima Madre con amor tan grande cual conviene amarla tal Hijo como Vos sois, y ser amada tal Madre como **Ella** es, ¿qué fué vuestro consejo, que aunque justo en sí, fué para **Ella** penoso, que subiendo Vos rico y próspero, acompañado de ángeles y ánimas santas a reinar en el cielo, sentado a la diestra del Padre, donde hay deleites para siempre jamás (*Ps., 15, 11*), dejasteis a esta Señora en el destierro de la tierra, donde aunque por vuestra gracia **Ella** tuviese vida muy ajena de todo pecado, mas por estar ausente de Vos, le había de ser un penoso destierro? ¿Quién, Señor, entenderá vues-

tros caminos? ¿Quién dijera que pidiéradés más trabajos a esta Virgen bendita, que los que pasó al pie de la cruz viéndoos morir en ella con graves dolores? Vos, Señor, sois el sol y Ella la luna; y pues que Ella se eclipsó cuando Vos os eclipsasteis, ¿por qué cuando vais lleno de lumbre y de gloria, no participa Ella también de lo que Vos en tanta abundancia? La sombra sigue al cuerpo, y la Virgen a Vos, y de Vos está colgada como fidelísima sierva. ¿Por qué—pues en el tiempo de vuestra tribulación Ella os acompañó y siguió—, por qué os vais al cielo con mucha prosperidad, y la dejáis a Ella en la tierra?

Ya veo, hermanos, que me estáis respondiendo lo que Dios dijo por el Profeta Isaías (55, 9): *Cuanto son ensalzados los cielos sobre la tierra, tanto mis caminos exceden a los vuestros.* Así, Señor, lo creemos; todos son justos, llenos de sabiduría y de bondad; y alabándolos por tales, los deseamos, pues los queremos entender para vuestra gloria y nuestra edificación. Mas es primero de advertir, que por mucho que despabilemos nuestros ojos para considerar cuán grande fué el martirio que esta Virgen sagrada pasó todo el tiempo que vivió en este destierro, desde el día que su benditísimo Hijo y Señor subió a la ciudad soberana, hasta el día de hoy, en el cual Ella alcanzó lo que deseaba siendo llevada allá, no podremos entender aun la menor parte de su penoso martirio.

### 3.—*El amor fué su verdugo.*

El amor le causaba deseo de ver a su Dios faz a faz. Tanto cuanto el amor es mayor, el deseo es más crecido y su dilación más penosa; y si hubiere quien pueda pesar el gran peso del amor que la Virgen tenía, aquél podrá saber sus encendidos deseos dónde llegaban, y cuánto le atormentaba la dilación de cumplirse.

¡Oh Virgen gloriosa, que de una misma fuente os nace lo dulce y amargo, lo que os hace a Dios agradable y lo que os martiriza! El amor, y grandísimo amor, que sobrepuja todo conocimiento, que a Dios tuvisteis, éste os hace alta, y agradable y bienaventurada en su acatamiento; y este mismo, a la medida de su grandeza, os atormenta como gran sayón. Aquel *cuchillo* que el santo viejo Simeón os profeti-

zó que había de traspasar vuestro corazón (*Lc.*, 2), cuando visteis a vuestro Hijo crucificado y morir en la cruz, fué figura al vivo. Mas si no hubiera en vuestro corazón *cuchillo de amor*, con que vuestra sacratísima ánima estaba dulcemente herida hasta lo más íntimo de ella, poco os atormentara el ver padecer a quien mucho no amábades. Este, este vivísimo amor os hacía cuidar lo que convenía a vuestro sacratísimo Hijo; éste, temer no le viniese algún mal; éste, llorar cuando le vino, y sentir dolores de muerte en su muerte. Y cuando al humano juicio parecía que este amor os hubiese de dar descanso, gozando en el cielo del que tanto amasteis viviendo en la tierra, comience de nuevo, por consejo de Dios, a atormentaros como de antes, y que dure el tormento por toda la vida, y aun que vaya creciendo mientras más creciere la vida.

Por experiencia tenemos, que los amigos de Dios que se hallaron presentes a la muerte del Señor y se compadecieron de ella, se contentó Dios con aquel martirio de compasión interior que allí pasaron y padecieron, sin consentir que mano de sayón exterior atormentase a los que el interior amor tan gravemente martirizó. Mas según veo, Señora, Vos, la que más allí padecisteis, os tornan a dar a beber el cáliz de amargura de la ausencia de vuestro benditísimo Hijo, más penoso para Vos, que la muerte que os pudieran dar los sayones crueles.

Tenía esta Virgen grandísima lumbre en su entendimiento, para conocer y poner en su lugar los beneficios que Dios le había hecho; tenía muy tierna voluntad para agradecerlos y considerarlos muchas veces; y soplando a la continua en leña tan aparejada para encender fuego, engendrábase en su Corazón una llama de amor que la abrasaba, y hacía desear con todas sus fuerzas ver ya aquel que tan singulares mercedes le había hecho. Y si hay hombres que, acordándose que Dios les ha perdonado los pecados que han hecho, ni se pueden contener de lágrimas tiernas, ni cesan de amar al que tanta misericordia les hizo, y el Señor dice (*Lc.*, 7, 43), que a quien más pecados les son perdonados, más amor tiene a su perdonador, ¿qué sentiría aquella Virgen bendita cuando se acordase de tan grande beneficio, recibido de la mano piadosa, de Dios, que ni en su Concepción ni en toda su vida cayó en Ella pecado? Por-

que muy bien sabía que es mayor merced dar Dios la inocencia, no dejando caer en pecado, que al caído darle perdón. Y por esto todos los pecados que allí pudiera haber hecho, y que otros hacían, ponía a cuenta de deuda propia, y agradecía a Dios como si los hubiera cometido y fuera perdonada, y aun mucho más según habemos dicho. ¿Qué os diré? ¿Qué amor obraba en su corazón el agradecimiento de la gracia y santidad que había recibido? Que como humilde y fiel sierva, por todo ello *engrandecía su ánima a Dios* (Lc., 1, 46) y no a Sí misma.

Pues cuando pensase la inefable y nunca oída merced que Dios le había hecho en tomarla por Madre, sería tanto el amor que de Ella se enseñorease, que le causase desmayo y falta de fuerzas, y le hiciese decir muy de corazón lo que está en los Cantares (2, 5): *Que de amor estoy enferma*. Sus grados tiene el amor; hiere, y ata, y es insaciable. Herido está el corazón del amor de Dios cuando se enseñorea tanto del hombre, que a todos los otros amores éste sobrepuja, y cumple lo que el Señor en el Evangelio pidió (Mt., 10, 37): *El que ama a padre o madre más que a Mí, no es digno de Mí*; y (Lc., 14, 26): *Si alguno viene a Mí, y no aborrece padre y madre, mujer, hijos y hermanos, y aun a sí mismo, no puede ser discípulo mío*. La ley de la Bondad divinal pide, y con mucha justicia, que así como ella es en Sí cosa infinita, así sea preciada de hombres y ángeles sobre todas las cosas, de manera que le haga decir con San Pablo (Rom., 8, 35): *¿Quién nos apartará del amor de Cristo? Ni tribulación, ni angustia, ni hambre, ni desnudez, ni peligro, ni persecución, ni espada que mate; mas en todas estas cosas sobrepujamos por amor de Aquel que nos amó. Porque cierto estoy que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados ni las virtudes, ni las cosas presentes ni las por venir, ni fortaleza ni alteza ni lo profundo, ni otra criatura alguna, nos podrá apartar del amor de Dios, que está en Jesucristo nuestro Señor*.

#### 4.—Saetas de amor entre Dios y la Virgen.

¿Qué saeta tan fuerte, ni con tanta violencia puede herir a un cuerpo, como este amor que Dios infunde en el corazón hiere al ánima hasta lo más íntimo

de ella? Herida es que da salud; y quien esta llaga no tiene, mal sano está. Y aunque tiene nombre de herida, dulcísima cosa es. Y sin ira, tira esta saeta el Señor, y sin enojo la recibe su criatura, antes se precia de ella en los Cantares (2, 5) diciendo: *Herida estoy con amor*. Dichosa herida para la criatura, pues el mismo Dios, Omnipotente e insuperable, no se defiende de aquesta saeta, si hubiese quien se la tirase, según Él da testimonio, diciendo (*Cant.*, 4, 9): *Heriste mi corazón, hermana mía, esposa mía, con uno de tus ojos, y con un cabello de tu cabeza*. ¿Quién contará los misterios del amor que entre Dios y la Virgen pasaban, hiriendo Él a Ella con la contemplación de su hermosura y de su bondad, y Ella a Él con amarlo y pensar en Él con grandísima fidelidad? Porque *el ojo derecho*, el amor de Dios es; y *el un cabello de la cabeza*, el continuo pensamiento en el mismo Dios es.

De donde parece que no sólo la bendita Madre de Dios estaba herida con el amor, y amor fuerte e insuperable, con el cual estaba determinada de morir antes mil muertes, que hacer a Dios una ofensa, chica ni grande; mas también tenía su pensamiento tan puesto en Dios, que nunca le ponía en olvido. Bendito sea Dios para siempre, que hubiese en la tierra quien con amorosa y continua memoria de Dios hiciese contrapeso a los muchos que, recibiendo cada hora y momento mercedes de Dios, se les pasan por alto los días y las horas sin se acordar del que nunca de ellos se olvida; y si se acuerdan, es una memoria seca y desamorada; porque aquélla es la verdadera, que así se acuerda de Dios y de sus mandamientos, que hace que se pongan en obra. Y por aquellos tales se queja el Señor, diciendo por Jeremías (2, 32): *¿Por ventura puede olvidarse la doncella de la faja con que ciñe sus pechos? Mas mi pueblo hame puesto en olvido días sin cuento*.

¡Oh Doncella, honra de todo el pueblo de Dios, cuán mayor cuenta teníades Vos de traer siempre rodeado a Dios a vuestro corazón, que ninguna doncella tuvo cuidado de su faja ni de su atavío! Aquéllas, por tener cuidado de la vanidad, y bien parecer a los hombres, se descuidan de tener a Dios en su corazón; mas Vos, Señora, cuyo propósito siempre fué despreciar todo lo perecedero, y buscar la hermosura de las virtudes que agradan los ojos de Dios, todo vuestro pensamiento, orando o no orando, y en todo

tiempo, lugar y honra, estaba atento a Dios, cumpliendo y sobrepujando lo que dijo el Profeta David (Ps., 18, 15): *El pensamiento de mi corazón está siempre delante de Ti*. Parecíaos, Virgen bendita, gran traición acordarse de Vos siempre Dios, y Vos olvidarle un solo momento, trayendo santa competencia con Él, y aprendiendo de lo que Él hacía con Vos para hacer Vos lo mismo con Él. Amábaos Él con amor liberal, sin respeto de propio interés; porque lejos está de la infinita riqueza de Dios vender a nadie su amor, ni esperar provecho, pues que su bien ni puede crecer ni disminuir. Vos, Señora, con aquel corazón liberal, magnánimo y no interesado, semejable en su manera al de Dios y recibido de la mano de Él, teniades puesta en olvido a Vos misma, y dábades a Dios un amor desinteresado y una memoria continua, para que se verificasen de Vos, mejor que de nadie, aquellas palabras de los Cantares (2, 16): *Mi Amado a mí y yo a Él*, que más contienen afecto de ánima que cumplimiento de sentencia (1); pues que ni dicen qué es vuestro Amado [para Vos, ni qué sois Vos para Él]. Mas no diciendo en particular lo que es el uno al otro, se da a entender que es tanto, que no se puede decir. Todas las cosas, Señora, os es Dios; y todas las que una criatura puede ser para Él, Vos lo sois; el mayor contentamiento que la pura criatura le puede dar, Vos se lo dais. Razón tuvo, por cierto, el Espíritu Santo en no declarar cosa particular en aquellas palabras; porque fuera decir poco de lo mucho, y las cosas altas mejor se declaran en las honrar con silencio, que con decir la menor parte de sus excelencias.

5.—*Dulcísima guerra.—Dureza de nuestro corazón ante el amor divino.*

¿Quién contará esta guerra tan dulce, tan sin enojo, entre Dios y la Virgen bendita, en la cual la hermosura de Él hiere a Ella, y la de Ella hiere a Él, presa y atada con aquellas prisiones, de cuya fortaleza Él se gloria diciendo (Os., 11): *Yo los traeré a Mí en las cuerdas de Adán, y en las prisiones del amor?* Entendiendo por lo primero los beneficios naturales

(1) *Cumplimiento de sentencia*: sentido completo.

que hace a los hombres, y por lo segundo los que son sobre naturaleza.

Y si miráis lo que vale cualquier beneficio de Dios, aunque sea el menor de ellos, y principalmente el amor de su divino corazón con que nos lo da, ninguno hay tan chico que no sea bastante de sí a prender al hombre, y atarlo con Dios por amor, y ofrecerle todo servicio. Y si uno sólo es bastante para hacer esto, ¡qué presos de amor nos debían tener tantos y tan grandes como Dios nos ha hecho a los hombres, y cada momento nos hace! Mírese un hombre mismo a sí, mire el cielo y mire la tierra, y vea que todo es leña de beneficios para encender en el hombre el fuego del divino amor, y todos son tan fortísimas *cuerdas* para amorosamente atarle con la santa voluntad de Dios y su Ley, que le hagan amar la atadura de la salud, que es la obediencia de Dios, y aborrecer la mala soltura de la propia voluntad, causadora de que en el infierno aten al hombre que aquí la siguió, de pies y de manos, donde esté preso, cautivo de los demonios, y sea su esclavo el que aquí no quiso sujetarse a Dios para vencer demonio y pecado. ¿Quién bastará a maravillarse de tan gran enfermedad de los hijos de Adán, que con tantos emplastos llenos de eficacia y blandura, no cobran salud, pues con todos ellos, y gozando de ellos, y holgándose de recibir los dones de Dios, no levantan sus ojos a considerar que es mucha razón de ser amado y servido un bienhechor tan continuo, que ningún momento deja de serlo, y tan copioso, que ninguno basta a contar la innumerable copia de sus mercedes, y tan piadoso, que por sólo amor y bondad hace lo que hace, deseando que los hombres, provocados con los beneficios que de su mano reciben. le amasen, y tuviesen disposición para recibir lo que Él desea darles, que es a Sí mismo? ¡Oh lamentable ceguedad y traición de una esposa que, enviándole su esposo muchas y hermosas joyas para que a la continua se acuerde él y no se le enfríe, antes más y más se encienda en su amor con las muchas y preciosas dádivas, torna ella esto tan al revés, que aficionándose a las joyas, huelga tanto con ellas, que por ellas olvida a su esposo que las envió para incentivos de amorosa memoria!

Y si estos beneficios de naturaleza debían bastar para prender a los hombres en el amor del Señor,

¿qué os diré de la fuerza que habían de tener en nuestros corazones los beneficios que sobre toda orden de naturaleza recibimos? Si en darme Dios el ánima y cuerpo que tengo me obliga a amarle y servirle con ello, ¿en qué obligación me pone darse Dios a Sí mismo a muerte de cruz, por remediar lo que primero me había dado y yo lo había perdido por mis pecados? Si por lo que me da para mantenimiento y regalo de este miserable cuerpo le debo amor, ¿que será por la gracia, y por sus Sacramentos que son causa de ella, que para que mi ánima sane y se esfuerce en el camino de Dios ordenó que le costase su vida? Por beneficio natural me hizo señor de este mundo, y por sobrenatural me hizo heredero del cielo. Mercedes son éstas tanto mayores que las naturales, que sin ninguna proporción les exceden. Y por eso la divina Escritura (Os., 11) llama a las primeras *cuerdas*, y a las segundas *prisiones*; las primeras *convidan*, las segundas parece que *fuerzan*. Porque ¿quién se defenderá de la violenta saeta de Dios, y saeta sin pecado, y quitadora de nuestros pecados, que es Jesucristo puesto en la cruz, bastante para herirnos de amor por sólo ponerse en ella, aunque fuera sin pena ninguna? Mas para que más fuertemente nos hiera, y del todo parezca saeta, le son puestos clavos en las extremidades de sus pies y manos, porque, palo con hierro, sea tan fuerte saeta tirada de la mano de Dios, que *no haya quien se defienda del calor de su amor* (Ps., 18, 7), ni arma ni acero que le resistan (2).

Mas ¡ay de nos! que es mayor nuestra dureza que la del hierro y de las piedras, y hacemos salir en balde las invenciones que la sabiduría de Dios busca para remediar nuestra mala sultura; y siendo Él invencible, omnipotente, parece que le vencemos en la guerra continua que entre Él y nosotros hay, haciéndonos Él beneficios, provocándonos a su amor, y nosotros con gran desvergüenza recibimos lo que nos da, y negámosle nuestro amor y nuestra obediencia. Dejemos de hablar de esto, porque es triste materia y digna de lloro, y no viene bien para la fiesta alegre que entre manos tenemos. Porque como la Escritura dice (Eccli., 22, 6) que *en el tiempo del lloro es la música cosa importuna* y fuera de tiempo, así también

(2) Véase el Tratado del Amor de Dios, pág. 21.

en el tiempo de la alegría es el lloro cosa importuna.

Convirtamos nuestra habla a la dulcísima Virgen y recibirá nuestro corazón consuelo de ver cuán bien obraban en ella *la prisión* que pretendían los beneficios de Dios; el cual la tenía, según habemos dicho, tan herida con su amor, que él era ley de su corazón, y puesto en el mejor lugar de su ánima; y le tenía el pensamiento tan atado con él, que no le dejaba que se olvidase ni un solo momento. Puede un herido pensar en otras cosas, para que con aquella diversión olvide el dolor que le da su herida; mas quien tiene *atado* su pensamiento continuo con lo que le hirió y su herida, ¿qué remedio le queda, pues no puede huir de lo que le causa el dolor?

*Herida y presa* estaba la Virgen del amor divinal, más que ninguna criatura; y *herido y preso* tenía a su Señor y su Dios, más que ninguna criatura. Ni el Señor ni Ella querían resistir a las heridas y prisiones de amor, antes se daban de muy buena gana tan sujetos al señorío del que obraba en ellos cuanto quería. Salvo que en Dios no podía obrar pena, y toda caía sobre la Virgen bendita; porque Él es del todo impassible, y Ella muy aparejada a padecer martirio de amor.

#### 6.—Amor inconsolable de María.

Y lo que es mucho de mirar, que guardaba esta Virgen tanta lealtad al amor de Dios que toda la había poseído, que tenía por género de traición contra el amor del Señor tomar consolación en alguna cosa que no fuese Dios. Había leído lo que dice David (*Ps.*, 76, 3): *No quiso mi ánima ser consolada*. Y cumplíalo muy mejor que él; y decía a las consolaciones que aquí podía tomar (aunque sin pecado) lo que Job (16. 2) a sus amigos: *¡Consoladores sois pesados vosotros!* Porque antes tenía por impedimento de la verdadera consolación divinal consolarse en las criaturas, que no por remedio de la herida amorosa de su corazón. Y mientras no estaba en el cielo viendo y poseyendo al Señor que la hirió, vivía una vida de martirio, siéndole todas las cosas de este destierro muy llenas de cruz. Y así, no gozaba de lo que acá podía gozar, ni alcanzaba la subida al cielo que deseaba. Y a semejanza de Job (7, 15), que decía: *Mi ánima ha escogido estar colgada*, estaba la Virgen entre el cielo y la

tierra, colgada de donde estaba el deseo de su corazón.

De manera que su vida era un puro tormento, y ni descansaba con llorar, ni le daban lo que deseaba; y así decía con ansias de su corazón, mayores que las del Profeta David (Ps., 41, 2): *¡Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así mi ánima desea a Ti, Dios! Hubo sed mi ánima de Dios, fuente viva: ¿cuándo vendré y pareceré delante de la faz de Dios?* Y porque estuviésemos ciertos que mientras no estaba presente a su Dios, al cual deseaba, no se inclinaba a tomar otra alguna consolación, decláranos luego cuál era su ocupación y ejercicio, diciendo: *Fuéronme mis lágrimas pan de noche y día, mientras me dicen: ¿Dónde está tu Dios?* Derramaba lágrimas por su largo destierro, diciendo con David (Ps., 119, 5): *¡Ay de mí, porque mi morada en este destierro se ha prolongado! Vivido he con los moradores de Cedar, y mucho tiempo ha sido mi ánima moradora de esta tierra* (Job, 7, 2): *Como desea el jornalero el fin de su trabajo, y el siervo cansado la sombra donde repose; así yo—decía la Virgen—he tenido meses vacíos, y he contado trabajosas noches para mí.* No vivió la Virgen ni un solo momento sin ganar nuevos merecimientos, y de esta manera nunca vivió meses vacíos; mas para lo que Ella deseaba, que era ver a Dios en el cielo, tenía por cosa vacía el tiempo; y contábalo por *noches trabajosas* mientras no alcanzaba lo que deseaba. No se maraville nadie de que la Virgen bendita dijese con suspiros salidos de su corazón: *¡Ay de mí, porque mi morada se ha prolongado!* Porque no es pequeña causa de dolor para quien tiene perfecto amor del Señor, vivir en la *tiera de Cedar*, significada por este mundo, lugar en el cual es Dios ofendido. Y como la bendita Virgen tenía el amor de Dios tan sin medida, del cual nacía la viveza de los espirituales sentidos, olíanle peor los pecados que en el mundo se hacían y amargábanle más que ninguna cosa corporal, por hedionda y desabrida que sea, ni que pueda dar desabrimiento a los corporales sentidos.

#### 7.—Impetu de su corazón.

Y juntando en uno el desabrimiento que lo que pasaba en la tierra le daba, que la convidaba a huir de tal lugar, y por otra parte el deseo de la presencia

de Dios en el cielo, era tan grande el ímpetu de su Corazón a lo alto, que muchas veces alzaba los ojos al cielo donde estaba su tesoro, con arroyos de lágrimas que de ellos salían, suspirando decía lo que dijo David (Ps., 83, 2) y mucho mejor: *¡Cuán amadas son de mí tus moradas, Señor Dios de las virtudes! Mi ánima desea, y con el grande deseo se desmaya por estar en los palacios del Señor.*

No piense nadie que este deseo tan encendido de esta Madre bendita por ver a su Hijo bendito en el cielo era causado de naturaleza, como otras madres suelen desear la presencia de sus hijos. Porque aunque el amor natural no estaba en Ella perdido, pues no es contrario a la gracia; mas era tanto el sobrenatural con que a su Hijo amaba en cuanto hombre, y muy más sin comparación en cuanto Dios, que sobrepujaba al amor natural y a los deseos de todas las madres de ver a sus hijos, como excede un fuego tan grande como todo el mundo al de una pequeña centella. *Espíritu* era de Dios el que meneaba su corazón para estos deseos, y *le hacía pedir* el cumplimiento de ellos *con gemidos que no se pueden contar* (Rom., 8, 26). No hay en el corazón de la Virgen cosa que no fuese cubierta con oro, y oro fino, pues lo había así en el arca del Testamento, que era figura de Ella: porque era amor sólo sobrenatural, o el amor natural tan rodeado y cercado de la gracia del Señor, que en lo uno y en lo otro era movida por el Espíritu Santo. Y como Ella entendía venirle del cielo aquella moción y soplo divino que la soplaba y encendía los deseos de ver a su Dios, soltaba la rienda a su Corazón para que con todas sus fuerzas lo desease, pues su intento era obedecer y agradar a Dios en todas las cosas.

#### 8.—*Por qué dejó Dios a la Virgen en la tierra.*

¡Quién no se admirará de ver en cosa tan amada de Dios paso de tan grave tribulación que la hacía desmayar, y que la mirasen los ojos de Dios, y la dejasen padecer tantos años! Y lo que más de admirar es, que Él mismo le encendía más y más los deseos, y ni le daba lo que deseaba, ni le quitaba lo que le atormentaba. ¡Incomprensibles son vuestros caminos. Señor! *Sobre la mar andáis, y, como decía David (Ps., 76, 20), vuestras pisadas no son conocidas.*

Profunda es vuestra sabiduría; y grande misericordia recibiremos si nos dais a entender, o siquiera rastrear, por qué tal Hijo a tal Madre le dilata tan justos deseos, siéndole esta dilación causa de tan grandes tormentos. Una cosa, hermanos, tened por averiguada: que obra tan particular, en persona tan calificada no tiene causas livianas, sino muy importantes, si hay lumbre del cielo para las mirar. Miró en esto el Señor al mayor provecho de su sacratísima Madre; miró al provecho de la Iglesia que entonces había, y también a los que después habíamos de nacer en ella hasta que el mundo se acabe.

A) *Para acrecentar sus méritos.*

Determinado tenía Dios *ab aeterno* el alteza de la gloria que había de dar a su sacratísima Madre. Y para cumplir con su justicia, quiso que fuese por medio de grandes servicios que Ella hiciese, y grandes trabajos que padeciese. Y aunque la predestinación suya fué de balde, y para gloria de la divina bondad, los medios de Ella quiso que fuesen costosos, y muy costosos, proporcionados con la grandeza de la gloria que la había de dar. No tenga nadie a Dios por cruel en ordenar que la vida de la Virgen antes de la Pasión fuese un puro martirio, y después de la Pasión también. Amor fué, y no malquerencia; y como el Padre de Él le trató, siendo su Hijo amantísimo, así Él trató a su amantísima Madre. Y los que no podemos ver la grandeza de la gloria y descanso que tiene en el cielo esta Virgen, rastreémosla por los grandes trabajos y cuchillo agudo que de muchas maneras hirió y traspasó su Corazón benditísimo, que en la tierra sabemos que padeció; pues está escrito (2 *Tim.*, 2, 12) que *seremos juntamente glorificados con Cristo, si juntamente padeciéremos con Él*. Y quien más padeciere, más glorificado; porque Él es *dechado*, así en santidad, como en padecer trabajos, *al cual quiso el Padre Eterno que fuésemos conformes en la tierra y en el cielo los hombres que en la tierra escogió* (*Rom.*, 8, 29). Por lo cual nadie se queje de ser tratado como Jesucristo lo fué de su Padre, y su Madre sagrada lo fué de su Hijo; mayormente si se considera *cuán poco es todo el trabajo que acá se puede padecer, en comparación de la gloria que será revelada* (*Rom.*, 8, 18) en los que aquí llevaren su cruz, en imitación y

obediencia de Cristo nuestro Señor, según dice San Pablo (2 Cor., 4, 17): *La tribulación que en este mundo se pasa, aunque parece muy larga y pesada, a la verdad es de un momento, y de poco peso, y obrará en el cielo eterno peso de gloria.* Mas para tener de esto verdadera estimación conviene oír lo que luego dice: *Contemplando nosotros, no las cosas que se ven, mas las que no se ven; porque las cosas que se ven temporales son, y las que no se ven son eternas.* Abre, Señor, nuestros ojos para que consideremos maravillas de la gloria, que (1 Cor., 2, 9) *ni ojo vió, ni oreja oyó, ni corazón pensó, ni lengua puede decir; la cual tienes aparejada* para los que en esta tierra de frialdad pusieren en Ti el amor de su corazón como Tú lo mandas. Si aquello que allí está, si lo medio (3), si una partecica, si la gloria de un día sólo se pudiese ver, pareceríamos que la comprábamos muy barato a trueco de estar en tormentos desde ahora hasta el día postrero.

No penséis, no, que queriendo Dios tanto a su Madre, le vendiese tan caro lo que era de poco valor; ni que la atribulara, si no fuera a trueco de darle un eterno descanso, que sin comparación excede a los trabajos que acá pasó. Amóla el Señor de verdad, y el amor verdadero no tiene tanta cuenta con regalar al amado como con darle lo que le cumple; atribula en lo poco, y que presto se acaba, por tener ocasión de regalar en lo mucho, que no tiene fin. De manera que el martirio que la Virgen pasó con la dilación de ver a su Hijo, penoso le fué, mas muy provechoso. Y [a]sí *la esperanza que se dilata y aflige al ánima* tiene por contrapeso que mientras más se dilata el bien, más le dan de él, y con mayor honra lo recibe. Porque mayor gloria es recibir galardón en pago de los buenos trabajos, que no recibirlo de balde; y mayor bien es la virtud de la obediencia y amor que en la paciencia se ejercita, por lo cual el hombre es hecho justo, que el descanso que pierde por ejercitarse en estos buenos trabajos. Pretendió, pues, el Señor con su sacratísima Madre su mayor merecimiento y gloria, y por eso la trabajaba según hemos dicho.

---

(3) *Lo medio*: la mitad.

B) *Para prepararla a la fiesta de hoy.*

Quiso también aparejarla para el gran día de esta fiesta, en el cual había de entrar con excelentísima gloria a ver y gozar de la hermosa vista de la beatísima Trinidad; lo cual es tan grande bien, que años, y millares de años, que uno gastase en aparejarse para este bien, haría muy poco. Para oír el sonido de la bocina y las voces formadas en el aire por ministerio de ángeles (*Ex.*, 19, 10) mandó Dios a Moisés que [se preparase el pueblo.] Para llegarse a ver al Señor en la zarza, [mandóle,] en señal de la pureza interior que había de tener, *que se descalzase los zapatos*. Y antes de la entrada de la tierra de promisión mandó Dios a Josué (5, 2) *que circuncide su pueblo*. Y la reina Esther (4, 16) se apareja con ayunos y oraciones para entrar delante del rey Asuero a abogar por el pueblo de Dios. Y [si] para éstas, y aun para otras cosas mucho menores, se nos pide aparejo, ¿quién será aquel que piense que para la mayor de todas no es menester grande y muy grande? Y grandísimo negocio es, un hombre nacido en la tierra subir a poseer el reino del cielo. Dichoso día, y hora, es aquella en que, desatado de las prisiones de esta mortalidad, es subido a ver la hermosísima cara de Dios, y a gozar de Él sin temor de para siempre perderlo. ¡Oh hermanos! Dios nos dé a entender que la vida que aquí nos da no es para otro intento, sino para que en este momento de tiempo (que aunque parezca largo, en fin, no es más que esto) nos aparejemos para alcanzar pureza de ánimo para gozar del que es todo puro, y no para oír trompetas, ni voces de ángeles, sino al mismo Criador de los ángeles. Bien infinito. Aquella tierra, sin duda, es la verdadera tierra de promisión, y los que han de entrar en ella, circuncidados de sus pasiones y enemigos de su propia voluntad han de ser; y los que quisieren parecer graciosos delante del verdadero rey Asuero, Jesucristo nuestro Señor, con ayunos y oraciones y otras buenas obras se han de aparejar. No os maravilléis, pues, que Dios apareje a su Madre para este dichoso día, en el cual fué subida a los cielos a comenzar un gozo y gloria que nunca, mientras Dios fuere Dios, le será quitado; porque tan grande bien como le fué dado, gran aparejo pedía; y tan preciosa corona, después de gran victoria se había de dar;

y quiso que ganase la victoria con grande trabajo, para que tanto más honroso y sabroso le fuese, cuanto más le había costado.

Mas ya que el Señor quiso que su Madre bendita se aparejase para ver a Dios en el cielo, es cosa digna de preguntar qué aparejo había de ser éste, pues ni tenía pecados que llorar, ni descargos de conciencia con que cumplir, ni había menester que le dijese misas, ni en otra cosa había entendido en toda su vida sino en aparejarse para este día tan grande. Gran cosa, Señor, debe de ser lo que dais en el cielo; particularmente lo que aparejado teníades para vuestra Santísima Madre, pues a la que tan aparejada estaría, le pedís más aparejo, como el bien que le habéis de dar excede al que habéis de dar a los otros. La mayor virtud, que a Dios más agrada, y sin la cual ninguna le agrada, y ninguna es viva ni de provecho, es la virtud del amor. Y ésta, que es reina de las virtudes, como el oro entre los metales, es la que convenía que más arraigada estuviese en la Virgen bendita, que excede a toda pura criatura como reina a vasallos; y en esto se ejercitó más por toda su vida, y ésta fué su compañera continua; y como en la vida se amaron, hicieron lo mismo en la hora de la muerte (2 Reg., 1, 23) y en el tiempo del aparejo para bien morir.

Amor fué el aparejo de esta Virgen bendita, el cual hacía desear con nuevos deseos estar junta con quien amaba. Porque efecto es del amor verdadero querer vivir junto con aquel a quien ama; y no tanto por el propio interés y descanso—como algunos malos pueden desear gozar de Dios y de sus bienes, movidos por el propio amor—, cuanto porque viendo de más cerca, y con luz clara, la presencia de Dios, tanto con mayores fuerzas le glorificase y amase. Y para este fin quería lo que tenía, y lo que esperaba y deseaba. Con el cual amor y deseo, la que estaba aparejada se aparejaba mejor. y se le ensanchaba más el Corazón para que en Ella cupiese más gloria, y tanto más sabrosa le fuese aquella divina comida en el cielo, cuanto hubiese precedido mayor hambre y sed en la tierra, conforme a la promesa del Señor (Mt., 5, 6): *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.*

C) *Para consuelo de la Iglesia naciente.*

Por éstas, pues, y otras muchas causas tocantes al provecho de esta muy amada Madre de Dios, que Él sabe, e ignoramos nosotros, quiso que Ella quedase en este destierro, y fuese martirizada con el deseo del cielo, para que con la mayor dilación allegase mayores riquezas, y se hiciese apta para sentarse en silla de gloria, enseñoreándose y reinando sobre toda criatura.

Ahora oíd cuánto provecho se siguió de su quedada acá para los cristianos que entonces vivían, y cuánto daño les fuera, habiéndoseles subido al cielo el Sol de justicia, lumbre del día, que fuera también con Él su Madre sagrada, lumbre que alumbraba en la obscura noche, que en este mundo es tan continua.

¿Quién confortara a los Apóstoles de la tristeza y flaqueza que les quedó cuando vieron que su Maestro, y todo su arrimo, se había subido al cielo muy acompañado de servidores y amigos, y se quedaban ellos en este miserable destierro y entre miserables y crueles enemigos? Ciertamente desmayaran, y ni aun por diez días esperarían. Confortados con la habla, fe y oración de esta benditísima Virgen, con la eficacia que sus palabras tenían para con los hombres y sus oraciones con Dios, [se la] ponía a ellos para esperar y recibir el socorro del cielo, y con su oración se lo alcanzaba y traía.

¿Quién contará el deseo que daba a los que se convertían a la fe de Jesucristo bendito, de ver a la Madre del Hijo que era su Redentor y su Dios? Adoraban, alababan al Hijo, gozaban de sus trabajos y redención; y como gente agradecida deseaban ver y agradecer el árbol que tal fruto dió, y echábanle mil cuentos de bendiciones. Porque si los de Betulia agradecieron a Judith (13, 23) la libertad que por su medio alcanzaron, y el beneficio que hizo Esther (8, 17) a su pueblo no pasó sin ser agradecido, y lo uno y lo otro era temporal, ¿qué agradecimiento, qué cantares y loores darían los cristianos a aquella Señora, por cuyo medio fué descabezado Holofernes, y Amán ahorcado, que representan al demonio y al pecado, cuya cabeza quebrantó la Virgen (Gen., 3, 15) y cuya muerte causó engendrando la Vida, y fueron libres los presos, y resucitados los muertos por la muerte de Cristo nuestro Señor? Y juntándose con este agra-

decimiento y amor que a la Virgen cobraban, el sopro del Espíritu Santo, Jesucristo, que como honrador de su Madre, les inspiraba y movía a que la honrasen y desearan ver y servir, y conociesen que por Ella habían gozado del fruto de la vida, y que de Ella, como *de muy alto monte, fué cortada la piedra*, que es Él, *que quebrantó la estatua de la idolatría* (Dan., 3); no puedo pensar sino que era tanto el concurso de los cristianos a ver esta preciosa arca de Dios, que lo trajo encerrado en Sí misma, que los caminos para su casa iban llenos de gente, y no sólo los de la ciudad de Jerusalén, mas de fuera de ella, *corriendo* los unos y los otros movidos por el Espíritu Santo, y provocados de fuera *con el dulcísimo olor de sus ungüentos* (Cant., 1, 3) que era la odorífera fama de sus virtudes, el grande amor con que recibía a los que iban a Ella, su grande misericordia que a ninguno desechaba, y aquella gran maravilla y milagro, y altísima dignidad, de que era verdadera Madre de Dios.

¿Quién dirá de cuán buena gana, cuán llenos de confianza y devoción iban a Ella, así por deseo de verla, como por ser enseñados en sus dudas, confortados en sus trabajos y aprovechados en todo lo que convenía a sus ánimas? Cumplíase muy de verdad lo que muchos años antes había profetizado Isaías (2, 3), viendo en espíritu el grande concurso de gente que había de ir a oír la palabra de Dios, y ver obras maravillosas de Jesucristo nuestro Señor, y después de su muerte, de los que habían de ir a ver a su Madre sagrada y gozar de su doctrina y de los Apóstoles: *Andad acá, decían unos a otros, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob; y enseñarnos ha sus caminos, y andaremos en las sendas de Él; porque de Sión saldrá la Ley, y la palabra de Dios de Jerusalén.* Como fué profetizado, así fué cumplido, pues vinieron a ver al Señor, *monte más alto en santidad y en dignidad que todos los Santos*; y después venían a ver *la casa del Dios de Jacob*, que era la Virgen sagrada, templo santo de Jesucristo, para *ser enseñados de los caminos de los mandamientos de Dios, y las sendas de sus consejos*; que para lo uno y lo otro, y para todas cuantas necesidades traían, les daba suficiente consejo y remedio la prudentísima y santísima Madre.

D) *Sus ocupaciones: consolar, meditar la Pasión, comulgar.*

Mas si a duras penas os podemos decir el gran deseo y devoción con que todos a Ella venían, ¿cuánto menos os podemos declarar la buena gracia y las encendidas entrañas de su caridad con que Ella los recibía? San Pablo dice que *daba leche* y regalaba a sus hijos pequeños (1 Cor., 3, 2), y que (1 Cor., 9, 22) *para ganar a todos se hacía todas las cosas a todos*; ¿cuánto más verdaderamente haría el oficio de madre esta Virgen sagrada, pues sin ninguna comparación les tenía mayor caridad que San Pablo? ¿Con qué ojos miraba la Virgen bendita aquella gente convertida a la fe de su Hijo, que a Ella venía, pues había amado tan de corazón la salvación de sus ánimas y gracia del Señor que por el santo Bautismo habían recibido, que porque ellos tuviesen el bien que tenían y viviesen en gracia delante de los ojos de Dios, Ella ofreció a la muerte de cruz a su Hijo unigénito? Y por eso sus entrañas santísimas se henchían de consolación, viendo que el fruto de la Pasión de su benditísimo Hijo no salía en balde, pues por el mérito de ella tanta gente se convertía a Él. Y parecíale que acoger y regalar, enseñar y esforzar a los que a Ella venían, era recoger la sangre de su Hijo bendito, que delante los ojos de Ella se había derramado por ellos. Alababa a la divina Bondad, daba gracias por los bienes hechos a ellos, y salían de sus ojos lágrimas dulces, sacadas de la ternura de su Corazón, y ningún trabajo le parecía pesado, y ninguna hora era fuera de hora, para recoger aquel ganado que entendía que el Señor le enviaba para que lo apacentase en la gracia del Señor.

Muy bien supo el Señor lo que hizo en dejar tal Madre en la tierra, y muy bien se cumplió lo que estaba escrito de la buena mujer (*Prov., 31, 11*), que *confió en ella el corazón de su marido*. Porque lo que su esposo e Hijo Jesucristo había ganado en el monte Calvario, derramando su sangre, Ella lo guardaba y cuidaba y procuraba de acrecentar como hacienda de sus entrañas, por cuyo bien tales y tantas prendas tenía metidas. ¡Dichosas ovejas que tal pastora tenían, y tal pasto recibían por medio de ella! Pastora, no jornalera que buscase su propio interés (*Jn., 10, 12*), pues que amaba tanto a las ovejas, que después

de haber dado por la vida de ellas la vida de su amantísimo Hijo, diera de muy buena gana su vida propia, si necesidad de ella tuvieran. ¡Oh qué ejemplo para los que tienen cargo de ánimas! Del cual pueden aprender la saludable ciencia del regimiento de ánimas, la paciencia para sufrir los trabajos que en apacentarlas se ofrecen. Y no sólo será su maestra que los enseñe, mas si fuere con devoción de ellos llamada, les alcanzará fuerzas y lumbre para hacer bien el oficio.

Este, pues, era el ejercicio de la Santísima Virgen después de subido al cielo su Hijo y Señor; enseñar a los del pueblo, y también a sus maestros, aunque fuesen los Apóstoles, los cuales aprendieron de Ella muchas cosas que ignoraban, y los santos Evangelistas escribieron cosas que de Ella supieron (4). Y aunque esto es mucho de maravillar, mucho más es que aun los ángeles podían aprender de Ella cosas que, por haber sido Ella testigo de vista, y saber todas las particularidades, daba mejor razón de ellas que ellos. Y pues San Pablo dice (*Efes.*, 3, 10) que *los principados y potestades del cielo aprendieron de la Iglesia* lo que no sabían, mucho mejor lo harían de esta Virgen sagrada, pues es la persona más principal de todo el cuerpo de la Iglesia, y más que todos enseñada por Dios.

Este ejercicio ya dicho, de caridad con los hombres, del cual Dios recibía servicio, le era algún consuelo para que la pena de su destierro no la matase. Y también se ejercitaba en visitar los santos lugares donde su Hijo bendito comenzó, medió y acabó su sagrada Pasión, los cuales Ella regaba con copia de lágrimas, trayendo a su memoria lo que en todos aquellos lugares su Hijo había padecido, y lo que en muchos de ellos Ella con sus propios ojos le vió padecer. Enseñaba en esto su amor maternal para con su Hijo; dolíale la memoria de lo que allí había pasado; daba inefables gracias a Dios por el gran bien que al mundo había venido y había de venir mediante el precioso precio de su sagrada Pasión, y suplíábale no fuese en balde tanto trabajo, y derramamiento de sangre tan preciosísima. En lo cual fué hecha ejemplo de los cristianos para que procurasen

---

(4) Sobre todo, San Lucas al contar los misterios de la santa Infancia.

de visitar aquellos santos lugares; y no fué en balde su ejemplo, que desde entonces hasta el fin del mundo no faltará gente, de cerca y de lejos, que con devoto corazón vaya a besar la tierra donde el Señor puso sus pies, y derramar lágrimas en el lugar donde Él padeció y derramó la sangre por ellos.

¡Maestra del mundo hablando; maestra obrando; madre regalando, y abogando delante del acatamiento de Dios! ¡Oh Virgen y Madre para siempre bendita, y qué te debemos! ¡Y qué dolor es no conocer tus grandes beneficios, y ni te los agradecer, ni servir! Suplicámoste nos alcances gracia de tu benditísimo Hijo para serte siquiera en algo hijos leales, e imitadores de tu mucha caridad y lealtad con que Tú nos eres madre, y muy piadosa.

Con estos dos ejercicios ya dichos, uno de la caridad de los prójimos, y otro de la compasión a Jesucristo su Hijo y su Dios, se juntaba otro tercero que también tenía, y era el recibir el Cuerpo sagrado de su Hijo bendito, consagrado por las palabras que Él ordenó. Decíale misa su bienaventurado hijo y capellán el Evangelista San Juan, y comulgaba él, y comulgaba Ella; ¡y dichoso aquel que merecía ser acólito, y servir en aquella misa, y poner el paño a la Señora que recibía al Señor! ¡Oh, si se nos pegase algo, oyendo comunión tan devota, de lo mucho que a la Virgen le sobraba! ¡Qué reverencia tendría aquella humildísima ánima, que mirándose a sí misma, no se tenía por digna de un poco de pan que comía, ni de hollar la tierra sobre que andaba! Y ¡con qué agradecimiento y amor recibiría el Cuerpo de su santísimo Hijo, pues por ser hombre era una carne con Ella, y por ser Dios era Ella un espíritu con Él, y de lo uno y de lo otro resultaba un amor inseparable e inefable, que juntaba a Dios y a Ella, y la convertía cada día más y más en aquel Señor que tomaba! Y más que otro ejercicio ninguno, la esforzaba a pasar su destierro, pues que tenía presente y recibía en sus entrañas al deseado de su Corazón. Y aunque no le viese faz a faz, como lo deseaba y esperaba ver en el cielo, mas Él, como piadoso Hijo y Señor, se le enseñaba en el Sacramento, ya como cuando nació de su vientre sagrado, ya como cuando lo tenía en los brazos dándole leche; y así según la diversidad de estados en que en esta vida lo había visto, según Ella lo deseaba por entonces ver.

Y para que los cristianos no olvidásemos aquel gran negocio de la comunión de la Virgen, y nos aprovechásemos de ella, dura hasta hoy el lugar de la dicha capilla, y también el de la celda donde moraba la bendita Señora. Todo lo cual es en el sacro Cenáculo donde el Señor instituyó este inefable misterio; y a tiempos hay un olor en aquella celda, según dicen los que allí han estado, que no tiene que ver con los olores de acá, sino como celestial cosa. Y para gozar de la consolación y confort que da a los que lo huelen, va al dicho lugar mucha gente, no sólo de la ciudad de Jerusalén, mas aun de los pueblos de alrededor.

E) *Para que, a su ejemplo, pasemos trabajos.*

Ya entiendo vuestros suspiros, y por ellos saco vuestro corazón: que teniendo por bienaventurados a los que eran vivos en aquel tiempo, y gozaban de la visitación y consolación de la Virgen, lloráis vosotros vuestra suerte, porque no fuisteis en aquellos tiempos para gozar de lo que aquéllos gozaron. Sea Dios para siempre bendito, porque dió a aquéllos que gozasen de la presencia tan provechosa y deleitosa de la Madre de Dios; y también sea bendito, porque ya que nosotros no lo vimos, lo creemos, y entramos en el número de los que dijo el Señor (*Jn., 20, 29*): *¡Bienaventurados los que no me vieron y creyeron!* Despabilemos bien nuestros ojos, y aprovechémonos de la lumbre de la fe que Dios nos ha dado; y si no nos hallamos presentes a tanto bien con los cuerpos, hallémonos presentes con el espíritu, trayendo a la memoria aquellos dichosos tiempos en que la Virgen, como un resplandeciente sol, alumbraba y calentaba la tierra. Y si miramos con atención las causas de su estada en la tierra, y nos sabemos aprovechar de ellas, por ventura ganaremos más que algunos de los que entonces la comunicaban; pues es notorio que ha habido muchos en la Iglesia que no viendo a Jesucristo nuestro Señor en la carne, ni oyendo sus sermones, ni viendo sus milagros, se dieron tan buen recaudo, que mediante la fe y el amor, se aprovecharon más de Él, y fueron más santos, que muchos de los que gozaron de su corporal presencia.

Entendamos cierto, que no sólo dejó nuestro Señor

a su benditísima Madre en la tierra porque creciese el mérito de Ella y por el provecho de los que entonces vivían, mas también por el de aquellos que habían de nacer mientras el mundo durase. Aprovechémosnos de la ordenación divinal, que pudiendo dar a la Virgen la gloria del cielo por los trabajos que había padecido, quiso que pasase más, para que a costa de Ella fuésemos nosotros desengañados de que, queriendo regalos acá, no podemos esperar gloria allá. Y por decirnos esto con mayor eficacia, y para que muy de verdad lo creyésemos y obrásemos, quiso Dios que nos fuese dicho, no sólo por palabras, mas con trabajos y muerte de Jesucristo y de su sacratísima Madre. Los más amados de Dios ellos son; y si con algunos se hubiera de dispensar de que sin trabajos fueran al cielo, con ellos fuera razón que lo fuera. Mas pues vemos que no les fué quitada esta ley, antes fué con ellos guardada con mayor rigor, y cuanto más amados, tanto más trabajados, ninguna excusa y causa de ignorancia queda a los que son menos amados, para pensar que si no hacen fuerza a sí mismos, y si no son cuidadosos de la guarda de los mandamientos de Dios y vigilantes en la oración, pidiendo socorro, pacientes en los trabajos, y llevando cada uno la cruz que el Señor le pone, con la obediencia debida, no piense entrar en el cielo. Y entender esto y ponerlo por obra es grande ganancia que se nos sigue de la quedada de la Virgen en la tierra, habiendo subido su Hijo al cielo. Y por ventura, nos será mayor provecho, que si entonces gozáremos de su presencia. Mucho ha hecho quien de verdad ha entendido lo que dijo San Pablo (*Act.*, 14, 21), que *por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de los cielos*. Y que (*2 Tim.*, 2, 5) *no será coronado sino quien pelearé legítimamente*.

F) *Y nos preparemos a una santa muerte.*

También podemos aprovecharnos de que el Señor quiso aparejar con nuevo aparejo a su Santísima Madre para el día que había de entrar en el cielo; de lo cual entendamos que, si a Ella, estando tan bien aparejada, la aparejan más y más, ¿cuánta más razón es que los que estamos mal aparejados procuremos disposición conveniente para que el día de nuestra muerte podamos estar en pie en el juicio de

Dios, y oír sentencia en nuestro favor de la boca del Juez Soberano? El cual muchas veces, y a muchos, como piadosísimo Padre, El mismo los apareja de su mano para bien morir, y aun algunas veces sin que ellos lo entiendan. ¿Nunca habéis visto venir a un hombre una nueva gana de confesar generalmente, de mirar sus libros y cuentas, de pagar lo que debe, perdonar y pedir perdón, y hacer aprisa todo lo que haría si le dijese que se quiere morir, y acabado de hacerlo, o poco después, cae enfermo en la cama del mal de la muerte, o viénele otro acaecimiento que le quita la vida? Y entonces dice que por todo el mundo, y otros mil mundos, no quisiera haber dejado de hacer lo que ha hecho; y entiende que lo que hizo no nació de él, sino que fué inspiración piadosa de Dios, con que le quiso prevenir para que antes de su juicio hiciese justicia y tuviese que responder en el día de la estrecha cuenta.

Otros veréis que están en pecado mortal de malquerencia, o de mal amor, endurecidos; y ordena Dios medios, y muéveles las voluntades para que salgan del cautiverio del demonio, y se pongan en estado de gracia; y a cabo de poco, viene la muerte por ellos. Y otros vemos ser buenas personas, y no tienen estos peligros de mal estado; y sienten en su corazón un nuevo deseo de recoger más su vida, de usar más el ejercicio de la oración, de dar más limosnas, hacer más penitencia, recibir más a menudo los santos Sacramentos de la Confesión y Comunión, y subírseles su corazón y deseos a la gloria del cielo; y a cabo de cuatro o cinco meses que duran en esto, llámalos el Señor para sí, y ellos van de muy buena gana, confiando en Él, que pues los mejoró y dispuso para morir, les será favorable en aquella hora terrible, y les pagará en el cielo lo bueno que acá hicieron con la gracia de Él.

Todo esto, hermanos, nos quiere decir que el paso de la muerte es tal, que para no ser de ella tragados, conviene a los malos y a los buenos aparejarse, cada uno según su manera, teniendo la conciencia tan a punto para partir, que si cada noche el Señor dijese: «Venme a dar cuenta de cómo has vivido», no diga el hombre: «Dadme, Señor, mas larga vida para enmendar, y para hacer esto y esto, que había de estar hecho.» Y también nos conviene saber que aquella gloria que deseamos, no recibe sino hombres vir-

tuosos, y que por guardar la obediencia de Dios huelen su voluntad propia, y en el vencimiento de sí mismos hacen hazañas; y así puros y limpios, son hechos dignos de morar en el cielo, donde *no entrará cosa manchada*, porque *las plazas de él son oro limpio* (Apoc., 31, 21) y el Señor de él es la pureza, y los justos moran ante su faz. Mas *las tinieblas* y la impuridad *no tienen participación con la divinal lumbre* y pureza (2 Cor., 6, 14).

G) *Y la imitemos en amar lo celestial.*

Y ya que cobremos ánimo para nos aparejar para el día que salgamos de este mundo, tomando ejemplo en que la sacratísima Virgen lo hizo, así procuremos de la imitar, y no sólo en aparejarnos, mas en la calidad del aparejo. Porque, por nuestros grandes pecados y demasiada tibieza, hay tan pocos que tengan esta vida por penoso destierro, y suspiren y lloren deseando salir de ella, y ver a Dios en el cielo, que, cierto, la Virgen bendita tiene pocos discípulos que la imiten en esto. En aquellos tiempos sí había: *Lo uno*, por la abundancia de la gracia que Dios llovía en los corazones de ellos, que les ponía asco de lo que florecía en la tierra, y les levantaban los corazones al deseo de los bienes eternos donde estaba su deseo y su corazón; y *lo otro* ayudábales mucho a subir hacia arriba las continuas persecuciones, el tomarles la hacienda, el desterrarlos a diversas partes, y esperando cada día el martirio; de manera que aunque quisieran no podían gozar de este mundo. Y juntándose con el no poder el no querer, navegaban hacia el cielo con mucha ligereza con velas y remos, deseando cada día ser sueltos de cárcel tan penosa, y gozar de la libertad y herencia de los hijos de Dios en el cielo.

Estos imitaban a la Virgen bendita, la cual y ellos pedían con grande instancia lo que el Señor les enseñó, diciendo: ¡Señor, venga tu reino! Mas nosotros pedimoslo con la boca, y como gente que está sin la gracia del Señor, o tiene poca, y como gente que está avecindada en aqueste mundo, y tiene aquí el asiento de sus honras, riquezas y placeres, tienen los estómagos hartos, y ni desean salir de aquí, y aun tomarían por partido de que esta vida fuese más larga. ¡Miserable estado de gente! ¡Miserables tales tiempos, en que los hombres de buena gana renuncian y se quieren

pasar sin unos bienes tan grandes como hay en el cielo! El menor de los cuales vale más que todos los de acá juntos; y son tales, que porque los hombres gozásemos de ellos, el Hijo de Dios padeció muerte, y muerte de cruz.

¿Qué mayor señal de que la mujer casada ha vivido mal en ausencia de su marido, que no desear que venga, ni aun que le mienten su venida? Terrible palabra para la mala mujer: «Vuestro marido viene y está informado de las traiciones que le habéis hecho, sin que las podáis negar.» Y dulce es a la mujer buena pensar y hablar en la venida de su marido, y más dulce verle entrar por su casa, bien informado de la lealtad que su mujer ha guardado en ausencia de él. Tales han de ser los cristianos. pues han de decir con verdad de su corazón lo que con la vida rezan y piden: ¡Señor, *venga tu reino!* Y de éstos era San Pablo, cuando decía (2 *Tim.*, 4, 7): *Buena pelea he peleado, mi carrera he acabado, la fidelidad he guardado; en lo demás aparejada me está una corona de justicia, la cual me dará en aquel día el Señor, que es justo Juez; y no solamente la dará (5) a mí, mas a todos aquellos que aman su advenimiento.* Y así da testimonio San Pablo, que entre los cristianos hay hombres perfectos en la caridad, que echan fuera todo servil temor, desarraigados del amor de las cosas presentes, movidos por el Espíritu Santo a desear la vista de Dios, y como hijos desean ver a su Padre, y como esposa leal a su esposo; y considerando que desde que fueron criados, cada día y cada momento han recibido muchas mercedes de la piadosa mano de Dios, y que antes que ellos naciesen les tenía aparejada la gloria, y para que la alcanzasen se hizo hombre y perdió por ellos la vida, *desean ser sueltos (Filip.*, 1, 23) de aquesta cárcel para ver y gozar de la presencia de Aquel de cuyos bienes y mercedes han gozado en la tierra. Y ayúdales mucho a este deseo el miserable estado de esta vida muy penosa para ellos, no tanto por los trabajos que en ella hay, porque éstos con la grande fuerza del amor nada o poco los sienten. mas porque mientras viven en la carne pueden pecar y perder la gracia de su Señor, y desean huir cien mil cuentos de leguas del lugar donde tanto mal les puede venir, que enojen a Dios y pierdan su gracia; y así

(5) *Dará;* la edición de 1596, *declara.*

aborreciendo esto y amando aquello, desean, suspiran y lloran por verse en aquella ciudad soberana.

Estos provechos, pues, ya dichos, y otros, se siguieron al mundo de la estada de la Virgen acá, los cuales Ella, como enseñada de Dios, muy bien conocía, y refrigeraban el fuego de sus encendidos deseos de subir al cielo; y aunque del todo no se los quitaban, ayudábanle a que sin morir los pudiese llevar.

### 9.—*Enferma de amor.*

Mas cuando vino el tiempo que la divina Providencia tenía ordenado que la bendita Virgen subiese a los cielos, fué tan encendido su corazón a desear lo que deseaba con mayores ansias, que ni con el fruto que a los presentes hacía, ni a los por venir había de hacer, ni con visitar los santos lugares, ni con recibir el Cuerpo de su santísimo Hijo, que solía ser su mayor consuelo, ya no descansaba; y su vida era tal, que ya naturalmente no podía durar, y con la gran fuerza del amor de su ánima enflaquecióronse las fuerzas del cuerpo, y fué menester, como enferma, echarse en la cama, según a otros suele también acaecer. Y viéndose tan vencida del amor y deseo de Dios, sin tener fuerzas para vivir ni sufrir aquel peso de amor, que era más fuerte que la muerte, pues por cumplir con él deseaba morir, enviaba a Dios nuevos gemidos, suficientes para provocar al Señor a misericordia. Y decía (Ps., 141, 8): «*Saca, Señor, de esta cárcel a mi ánima para alabar tu nombre. ¿Y (Ps., 12, 1) hasta cuándo, Señor, me has de olvidar? ¿Hasta cuándo vuelves la cara de mí? Enséñame tu faz (Cant., 2) y seré contenta; porque sin ella cada día y cada momento estoy muriendo con deseo de Ti.*»

Y no se contentaba esta Virgen bendita con suplir a Dios por el cumplimiento de sus deseos; mas con su grande humildad y deseo de ser ayudada por todos, rogaba a los ángeles y a todas las ánimas bienaventuradas que en el cielo estaban, que se compadeciesen de su trabajo y fuesen intercesores por Ella delante el acatamiento de Dios; y pues que le veían faz a faz, *le dijese que estaba vencida y enferma de su amor*, y que sólo su remedio consistía en verlo. ¿Qué os diré? Tal prisa se daba a rogar a los que en el cielo moraban, que movidos de compasión de Ella, y

de la justicia de lo que pedía, y de la dignidad de su persona, y también por el deseo que tenían de verla en el cielo, se postraban todos con profunda humildad delante el acatamiento de Dios, y le suplicaban diciendo:

10.—*Los bienaventurados la reclaman.*

«Omnipotentísimo y misericordiosísimo Señor, sea vuestra misericordia servido de oír los gemidos de la casta tórtola que os engendró. Pues Vos dijisteis que son *bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados* (Mt., 5, 5), y ninguna cosa la puede consolar sino verse con Vos en el cielo, dadle esta consolación, pues todas las otras ha dejado por Vos. Ninguna razón lleva que dos personas tan conjuntas en carne y espíritu estén tan distantes, una en el cielo y otra en la tierra. Acuérdesse vuestra Majestad del celo del rey David vuestro siervo, cuando dijo (2 Reg., 7, 2): *El arca de Dios está debajo de pieles, y yo vivo en casa de cedro*; y no permitáis que estando Vos en la gloria, la santísima Arca, que os tuvo encerrado en sí misma, esté debajo de las pieles de mortalidad. Sansón comió del dulce panal que halló, y dió parte de él a su madre (Judic, 14, 9); Salomón mandó poner una silla a su madre y sentóla cerca de sí (3 Reg., 2, 19). Mayor es vuestra majestad que la del uno y otro; excededles en dar descanso y honra a la que os engendró. Descanse ya vuestra benditísima Madre, pues desde que la criasteis otra cosa no sabe sino serviros, y trabajar por Vos con humildad de esclava y amor verdadero de Madre. Y pues os ha acompañado, Señor, en vuestros trabajos, acompañeos en vuestros placeres. Mirad, Señor, cómo está postrada delante vuestros pies gimiendo y llorando, y su profundísima humildad con que nos pide que intercedamos por Ella, con tan ferviente y continua oración, que aunque sus servicios no mereciesen lo que pide, ni se tuviese respeto a quien es, merecía *la importunidad de su oración, y el llamar a la puerta de su buen amigo, que se levantara, y le abra la puerta, y le dé todos los nañes que ha menester* (Lc., 11), según vuestra Majestad lo dijo en el mundo. Oídla, Señor, y *poned sus lágrimas en vuestro acatamiento* (Ps., 55, 9), porque Ella nunca cerró su orejas a vuestra ley, ni las cerró

al clamor del pobre: mas, según está escrito (*Prov.*, 31, 20), *su mano extendió al pobre*, y mucho más su corazón, en el cual nunca hubo maldad, y por eso debe ser oída, según dice David.

»También desea toda esta vuestra corte tener consigo a su Reina; porque reino sin reina, y casa sin la señora de casa, parece que no está perfecto, pues le falta persona tan principal. Y pues lo es tanto, que bastará con su vista a darnos nueva alegría y a honrar todo el cielo, no nos privéis de tanto bien, pues debe bastar a la tierra el tiempo que de Ella ha gozado; y no tendrá razón si se agraviare de que se le quiten delante, pues Ella es tan llena de misericordia, y tan valerosa delante vuestra Majestad, que aunque la subáis al cielo, su piadoso Corazón no olvidará a los que están en la tierra, ni dejará de hacer el oficio de madre abogando por ellos delante del trono de vuestra misericordia, ni Vos, Señor, dejareis de oírla, ni de hacer mercedes al mundo por Ella.

- »Suplicamos a vuestra misericordia que como en tiempos pasados mirasteis las lágrimas del rey Ezequías, y oísteis su oración, y mandasteis a vuestro profeta Isafas diciendo (4 *Reg.*, 20, 5): *Di a Ezequías, capitán de mi pueblo: Yo he visto tus lágrimas, y he oído tu oración; no morirás, y yo te añado quince años más de vida*, que así ahora mirando las lágrimas y oyendo la oración de nuestra Reina y Señora, mandes a uno de nosotros que le vaya a dar la buena nueva del cumplimiento de su deseo. no de que viva quince años de vida, que ya los ha vivido con harto trabajo en ausencia vuestra; mas según la grandeza de vuestra bondad y el grande amor que os tiene y le tenéis, dadle, Señor, que se le acabe la vida mortal, y que en este cielo viva con Vos para siempre.»

### 11.—Mensaje del cielo.

¿Qué había de responder el Señor a suplicas tan justas, y que tocaban a su sacratísima Madre, cuya honra y descanso Él más que ninguno desea y procura, y cuya oración le es más agradable que la de hombres y ángeles, sino conceder de muy buena gana lo que se le pedía, y mandar que todos se aparejen para la solemnísima fiesta que a su Madre quiere hacer, y que descendiese del cielo algún espíritu bienaventu-

rado de aquéllos, a dar esta buena nueva a la sacratísima Virgen?

Aunque no sepamos quién fué el mensajero, sabemos que cada uno del cielo deseaba ser; y a lo que parece, convenía que fuese el arcángel San Gabriel, por ser más conocido de esta sacratísima Virgen. Poco tardaría de andar el camino; y entrando en el aposento de la Virgen, hincaría sus rodillas en tierra con su acostumbrada y debida humildad, y diría: «Yo, Reina y Señora, soy Gabriel, vuestro siervo, que por mandato de Dios os traje en años pasados la alegre nueva de que el Hijo de Dios *había amado la hermosura de vuestra ánima* (Ps., 44, 12) y os había escogido por Madre, y quería descender del cielo a la tierra a reposar y tomar carne de vuestras entrañas. Ahora me envía el mismo Señor, y os manda decir que pues descendió del cielo a la tierra, y Vos le disteis muy apacible morada, que Él os quiere llevar de la tierra al cielo, y daros par de Sí la mejor morada que a nadie se dió ni dará. Esta es, Señora, mi embajada; decidme, ¿qué respondéis?»

Fué tanta la alegría de la Virgen de ver tal mensajero y oír tal embajada, que de gozo se le regalaba el corazón, y primero derramó muchas lágrimas que hablase palabra; y cuando habló, ¿qué había de responder, sino las palabras que tenía en uso para decir en todos sus acaecimientos tristes y alegres? Cuando encarnó en Ella el Hijo de Dios, lo que respondió fué (Lc., 1): *He aquí la sierva del Señor; sea hecho en mí según tu palabra.* Y esto diría también al pie de la cruz; y esto mismo respondería ahora a San Gabriel, y con hacimiento de gracias diría (Ps., 115, 16): *Desatado has, Señor, mis cadenas; a Ti sacrificaré sacrificio de alabanza.*

## 12.—Alarma en la tierra.—Despedida.

Tórnase luego el arcángel al cielo, y divúigase luego en la tierra que el Señor quería llevar consigo a su Madre bendita; y hubo tan gran movimiento y sentimiento en los cristianos, cual en ninguna muerte de persona querida ni grande en este mundo lo ha habido. Porque esta Virgen era más querida que padre y que madre, y más estimada que reina, y era todas las cosas para los cristianos; y por fuerza el sentimiento de lo que perdían había de ser conforme a la pérdida,